

Fernando García Sanz

España en la Gran Guerra

Espías, diplomáticos y traficantes



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Fernando García Sanz, investigador científico del CSIC, ha abordado en sus investigaciones la historia de las relaciones internacionales, la historia de la política exterior de España, y la historia de Italia y de sus relaciones con España durante la época contemporánea. Entre otras muchas publicaciones, es autor de *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, comercio y política exterior (1890-1914)* (1994) y editor de *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras* (2002) y *Al servicio del Estado: Inteligencia y contrainteligencia en España* (2005). En la actualidad es el coordinador institucional del CSIC en Roma y director de la Escuela Española de Historia y Arqueología.

En contra del mito asentado, España no fue neutral durante la Primera Guerra Mundial. Al contrario, fue económicamente beligerante desde agosto de 1914 y, por tanto, se convirtió en un escenario más del conflicto bélico con un papel importante, y en algunos momentos hasta decisivo. Por ello, sus comunicaciones fueron interceptadas por los alemanes y los aliados, su producción y redes de transporte controladas, sus costas y aguas territoriales se convirtieron en escenario de la lucha submarina, sus medios de prensa se vendieron a uno y otro bando, y su territorio resultó invadido por centenares de agentes dedicados al espionaje y al contraespionaje.

Mientras tanto, a la Corona y a los sucesivos gobiernos españoles les preocupaba sobre todo la supervivencia del régimen, manteniendo la apariencia de neutralidad y soñando con que Alfonso XIII pudiera convertirse en el gran mediador de la paz. La España oficial construyó su propio mito sobre el papel que había jugado en la Gran Guerra, pero la realidad no tenía nada que ver con un supuesto gran beneficio para su prestigio internacional. España y los españoles ganaron poco o nada con la guerra y, a cambio, se acentuaron todos los conflictos internos.

El presente libro, fruto de más de una década de investigaciones, expone con todo detalle y abundante documentación lo ocurrido en España durante los años de la Gran Guerra, el papel del Rey, los gobernantes y las élites económicas y sociales; quién se enriqueció con la guerra mientras la mayoría de los españoles sufrían el hambre y restricciones de todo tipo; los intereses en España de los países en guerra, principalmente Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia; la lucha sorda de los servicios secretos que llegó a convertir a Barcelona y Madrid en los mayores centros de espionaje del mundo. En definitiva, un libro deslumbrante por lo que aporta y fascinante por lo que narra que significará, sin duda, un antes y un después en los estudios sobre el papel de España en la Primera Guerra Mundial.

Índice

Prólogo

I

JUGANDO CON LA NEUTRALIDAD

¿Qué hacemos con España?

¿*Dónde vas, Alfonso XIII?*

Secreto, miedo, seguridad y opinión pública en la política exterior de España

La neutralidad o «en tiempo de turbación no hacer mudanza»

Una paz latina

Neutralidades que matan, neutralidades que salvan

De aliadófilos y germanófilos

II

ESPAÑA ENTRA EN ESCENA: LA INVASIÓN DEL ESPIONAJE

El «descubrimiento» de España

Fratelli d'Italia... con interludio vaticano

¿Que vienen los submarinos!

El espionaje: un «juego para caballeros»

Renseignement et contre-espionnage

Soltanto per i suoi occhi

Most Secret: Gibraltar, el ojo que todo lo ve

Deutschland über alles (Das Lied der Deutschen)

III
¡HUNDID LOS BARCOS!

La ruta española
España y la «nueva» guerra
Las costas españolas: nuevo frente de combate
España, objetivo de la guerra económica
A la caza de las materias primas: El Dorado español
El duro verano-otoño de 1916
Destino de guerra: España

IV
ESPAÑA CONTROLADA POR LOS ESPÍAS

Las guerras de 1917
España en el cambio de año
De cómo nos hicimos todos espías
Cherchez la femme
Interludio sobre la propaganda: el problema de los católicos
La guerra submarina a ultranza. ¿España «debe» entrar en la guerra?
La crisis española, ¿una conspiración internacional?

V
ESPAÑA DEBE SER ALIADÓFILA

De la guerra contra el reloj al fin de la guerra
España, de objetivo importante a cuestión prioritaria
Entre «tirios» y «troyanos», la España de 1918
Ofensiva total aliada: los casos de espionaje
«Por las buenas o por las malas», de la presión aliada al «ultimátum» español a Alemania
Epílogo: cuando todos hubiéramos querido ser aliadófílos durante la guerra

Notas

A Carmen y Fernando,
muy a su pesar, víctimas colaterales de esta «guerra»

A Clementina Sanz del Río,
en cumplimiento de una promesa hecha
en un susurro y respondida con una sonrisa
In Memoriam

Prólogo

La historia de la Primera Guerra Mundial ha sido contada cientos de veces a lo largo del último siglo. Desde el debate sobre las responsabilidades del conflicto que se inició antes de que terminara la contienda, pasando por la historia estrictamente militar, las biografías de generales y destacados oficiales, la relación entre el mundo político y militar en cada uno de los países beligerantes, la historia económica, social, cultural y la invención de la propaganda, la historia de las mentalidades, el mundo del soldado en las trincheras, etc. Parece imposible intentar aportar alguna novedad a los miles de títulos publicados desde 1918 hasta nuestros días. Sin embargo, no sólo es posible sino también necesario desde el punto de vista histórico. Uno de esos temas necesitados de un tratamiento en profundidad tiene que ver, precisamente, con el papel desarrollado por España durante la mayor guerra que jamás habían visto los tiempos y que cambió completamente el rumbo de la historia.

España fue oficialmente neutral desde el mes de agosto de 1914 porque no movilizó sus tropas ni declaró la guerra a país alguno, elementos requeridos entonces para que una nación fuera considerada beligerante. No había otra opción «legal», no había fórmulas intermedias. Pero en la práctica, España no fue neutral porque no le dejaron y porque tampoco quiso serlo, como se demuestra a lo largo de este libro. La Gran Guerra llegó a alcanzar unas proporciones tan gigantescas que nadie en Europa pudo permanecer

ajeno a ella. Cuando se evaporó la ilusión de que la contienda iba a ser breve, los países neutrales adquirieron un protagonismo que poco antes hubiera resultado impensable. Las ofensivas en el frente marcaban la pauta de las necesidades de abastecimiento de todo tipo, desde las materias primas hasta la comida que consumían los millones de soldados movilizados. Es más, para un país como España, con su determinante posición geográfica, la guerra submarina vino a realzar todavía más su relación con el conflicto. La importancia de España en el contexto de la guerra fue tal que acabó siendo un país dominado, controlado por las potencias beligerantes. ¿Cómo? Mediante la creación de unas redes de espionaje y contraespionaje que convirtieron a la Península y los archipiélagos mediterráneo y atlántico en un nuevo y distinto frente de combate. Sus estructuras, que se desarrollaron progresivamente, llegaron a ser tan amplias y sofisticadas que alcanzaron todos los aspectos de la vida nacional.

Los servicios de información acaparan buena parte del protagonismo en las páginas que siguen, porque ellos fueron el vínculo de unión entre el mundo de las relaciones internacionales y los sistemas diplomático y consular con el sistema productivo, económico y comercial español. Los agentes aliados lucharon para que la labor de destrucción alemana se redujera al mínimo, para que los diplomáticos de sus países contasen con información de primera mano sobre lo que pasaba en España a todos los niveles, y para que las cada vez más necesarias mercancías españolas pudieran comprarse, transportarse y llegaran a su destino con la mayor garantía posible. Los agentes de uno y otro bando fueron también los responsables de que el debate en la prensa entre aliadófilos y germanófilos llegase al grado de enconamiento que alcanzó. Esta es la historia que pretendo contar en estas páginas. Una situación muy compleja, que no resiste los compartimentos estancos, que intenta poner en evidencia la concatenación de los muchos aspectos que

confluyen, en último término, en la difícil posición que tuvo que mantener España durante los más de cuatro años de guerra. Es una visión de España distinta, porque se ha realizado desde fuera, desde la óptica de los países beligerantes, desde el punto de vista de sus percepciones, de sus necesidades, desde el papel que cada uno de ellos pretendía que tuviera España. Resulta así una visión más real que, por todo ello, ha requerido años de investigación y el estudio de una abrumadora cantidad de fuentes de archivo de cuatro países distintos. En total diez archivos y millares de documentos, la inmensa mayoría de ellos inéditos. Con este libro, pues, creo contribuir también a la historia particular de cada uno de los beligerantes en la Primera Guerra Mundial.

El lector tendrá ocasión de valorar hasta qué punto es cierto que, como se viene repitiendo incomprensiblemente desde hace 100 años, la imagen de España salió reforzada de la guerra; que la labor humanitaria que Alfonso XIII llevó a cabo, su supuesto pacifismo y los intentos de mediación protagonizados por la diplomacia española, todo sumado, le otorgaron una aureola de respetabilidad y de prestigio que no tenía en 1914. Nadie dudó nunca del mérito de la Oficina Pro Cautivos creada por el rey de España, que le costó en torno a un millón de pesetas de su propio bolsillo, y que tramitó más de un cuarto de millón de peticiones de ayuda y noticias sobre desaparecidos y prisioneros, provenientes de la mayor parte de los países beligerantes en Europa. Pero otra cosa muy distinta es la política exterior y las relaciones internacionales, más si cabe en el contexto de una Europa destruida, arruinada y con decenas de millones de muertos y heridos. ¿Por qué el reconocimiento a España? Como escribió Alfred Baudrillart, llamaba la atención la actitud de los españoles que siempre consideran que se les debe algo o que no se les da lo que creen que se merecen.

Si antes de la guerra España presentaba muchas incógnitas, en 1918 ya no. Porque, a lo largo de ese período, Es-

paña se desnudó, y fue analizada y radiografiada hasta en sus más íntimos recovecos. Lo cierto es que España no ganó prestigio con su actuación durante la Primera Guerra Mundial. Podemos decir, más certeramente, que se puso en evidencia, sacando a la luz todas sus numerosas fragilidades. La falta de firmeza en la toma de decisiones era el resultado de la precariedad del sistema político que alcanzaba al papel de la Corona, provocando la constante inseguridad del régimen, a lo que se sumaban los graves desequilibrios económicos, las reivindicaciones sociales y de los particularismos regionalistas, hasta confluír todo ello en la enorme debilidad del Estado.

*

Este libro es el resultado de una larga investigación llevada a cabo en archivos civiles y militares en Madrid, Londres, París y Roma, factible en parte gracias al soporte del desaparecido Ministerio de Ciencia e Innovación.* Durante el desarrollo de la misma, asistimos a importantes cambios operados en el acceso a la documentación, pensados para facilitar la labor de los investigadores. De hecho, menos en España, es normal en el resto de los países tanto el fácil acceso a las fuentes documentales, incluidas las militares, como el uso de cámaras fotográficas para reproducir los documentos. No es este un asunto menor, cuando se necesita el acopio y estudio de un volumen tan grande de información. Para este trabajo he contado con la inestimable e imprescindible colaboración de Juan Ramón Goberna Falque y de Carolina García Sanz, a quienes dirijo muy especialmente mi más sincero agradecimiento también por las largas horas de debate en torno a los múltiples argumentos que trata este libro, que asimismo compartí, entre Italia y España, con la profesora Marcella Aglietti. Afortunadamente para mí, han sido muchos los colegas que han soportado

con estoicismo mis consultas y mis dudas, y muchos también los amigos y amigas ajenos al mundo de la Historia que han leído los borradores de algunos de los capítulos. Todos ellos han contribuido a lo bueno que pueda encontrarse en las páginas que siguen. A Esther Barrondo agradezco su infinita paciencia y sus valiosas aportaciones, y vaya mi reconocimiento de amistad a Manuel Espadas Burgos, José Ramón Urquijo Goitia y Miguel Angel Bunes Ibarra, demostrada en su constante apoyo y el regalo de útiles consejos. No quiero cerrar este apartado introductorio sin agradecer a Marco Pizzo, vicedirector del Museo Centrale del Risorgimento, las facilidades dadas para que pudieran aparecer en este libro algunas de las fotografías de su importante colección, y, por supuesto, a María Cifuentes por el tormento al que la he sometido y que ha intercambiado con un encomiable derroche de paciencia.

El ejemplo de Ángela Pérez y Gregorio Arranz, denodados combatientes de durísimas batallas, ha acompañado día a día y página a página la redacción de este libro. A ellos mi admiración y mi convencimiento de que acabarán ganando la guerra.

Roma, 13 de enero de 2014

* A través del proyecto de investigación «El Mediterráneo en las relaciones internacionales de España durante la Primera Guerra Mundial» (HAR2010-16680), continuación del financiado por el también desaparecido Ministerio de Educación y Ciencia, «Contraespionaje, seguridad y relaciones internacionales en España durante la Primera Guerra Mundial» (HUM2006-01933).

I

Jugando con la neutralidad

¿QUÉ HACEMOS CON ESPAÑA?

Esta era la pregunta a la que pretendía responder un largo informe de análisis elaborado por los servicios de información franceses que operaban en España, allá por el mes de septiembre de 1917. Un ejercicio de soberbia y prepotencia, desde luego. Pero ¿también de realismo? ¿De verdad podían determinar los franceses el destino de España? El grado de infiltración que sus servicios secretos habían logrado en la sociedad española, y en el territorio, era muy amplio. Combatiendo en una guerra oscura contra las redes alemanas de espionaje, poderosas y agresivas, habían conseguido tener en sus manos una parte importante del tejido económico, cultural-propagandístico, y hasta político—desde el nivel local hasta el nacional— de España. Como muchas veces les criticaron sus aliados italianos, trataban a los españoles tan despreciativamente como a los indígenas de una colonia, lo cual no parecía muy positivo para la causa aliada. Con la inestimable ayuda de los italianos, ellos, los franceses, y los británicos, que no les iban a la zaga en aquel sentido, llegaron a controlar los resortes vitales de la nación sin dejar de combatir entre ellos por lograr la preeminencia.

Los franceses actuaban como si España fuera *asunto suyo*. De hecho, así habían funcionado las cosas en el panorama internacional desde la guerra de Cuba, porque si las aspiraciones de España se depositaban en Marruecos la fata-

lidad quería que los logros que se consiguieran pasasen obligatoriamente por el asentimiento de Francia. Además, ya entonces se había convertido en una añosa tradición que París no fuera sólo el mercado financiero de referencia para España, sino también el lugar donde los opositores al régimen monárquico, particularmente los republicanos, encontrasen refugio y acogida. ¿Qué hacemos con España? Los acontecimientos de agosto de 1917 (la huelga general revolucionaria, etc.) habían puesto en evidencia otra vez la debilidad del Estado, incapaz de llegar a otra solución que no fuera sacar al Ejército a las calles con el colofón del *humanitario* Monarca repartiendo condecoraciones a los militares que más se habían distinguido en la brutal represión. La imagen de Alfonso XIII quedó muy dañada por aquella crisis. Los franceses salieron también perjudicados porque la *vox populi* les señalaba con el dedo acusándoles de ser los instigadores de las revueltas. ¿Podía promoverse un cambio de régimen? ¿Para qué? Todos los servicios secretos aliados sabían mejor que nadie que estaba en su propio interés la tranquilidad en España, que ése era precisamente uno de los objetivos primordiales que justificaba su existencia, y que explicaba el despliegue de tantos hombres y tantos recursos: evitar que el enemigo consiguiese perturbar la paz social, es decir, garantizar que se mantuviera la producción que tenía precisamente en sus países su principal destino. La propia presencia en España de cientos de agentes extranjeros de los principales países beligerantes, cortocircuitando las comunicaciones del país, moviéndose en libertad por todo el territorio, «subvencionando» periodistas y comprando directamente periódicos, chantajeando a productores, intermediarios y transportistas con incluirlos en supuestas o reales listas negras, realizando sabotajes y secuestros, pagando a cientos de españoles que actuaban de agentes ocasionales, corrompiendo a la policía de todas las escalas... conformaba un panorama que decía muy poco del respeto a la neutralidad —empezando por el que debe-